

EL LIBRO DE THEL

El Autor & Impresor Will^m Blake, 1789

Lema de THEL

¿Sabe el Águila qué hay en el pozo?
O irás a preguntarle al Topo:
¿Puede el Saber ponerse en vara de plata?
¿O el Amor en un cuenco de oro?

THEL

I

Las hijas de Mne Seraphim sus hatos solares pasteaban.
Todas menos la menor, que pálida buscaba el aire secreto.
Por disiparse como el primor del alba de su día mortal:
Río Adona abajo su suave voz se escucha:
Y así su dulce lamento cae cual rocío del alba.

¡Oh vida de esta nuestra fuente! ¿por qué se marchita el loto del agua?
¿Por qué estos hijos de la fuente? nacidos para sonrisa y muerte.
¡Ah! Thel es como arco acuoso¹ y como nube que parte.
Como reflejo en el cristal, como sombras en el agua,
Como sueños de infantes, como una sonrisa en un rostro infantil,
Como voz de palomas, como día fugaz, cual música en el aire;
¡Ah! dulce pueda yo yacer y dulce reposarme la cabeza.
Y dulce duerma el dormir de muerte y dulcemente oiga la voz
Del que pasea en el jardín al caer la tarde.

El Lirio del valle que alienta en humilde herbaje
Respondió a la moza encantadora y dijo: planta de agua soy,
Y muy pequeña, y adoro habitar en valles bajos;
Tan débil, la dorada mariposa apenas posa en mi cabeza.
Y sin embargo del cielo me visitan y aquel que sonrío a todo
Camina por el valle, y cada mañana la mano extiende sobre mí
Diciendo, exulta humilde hierba, recién nacida flor de lirio,
Tú gentil doncella de callados valles y modestos arroyuelos;
Pues tú vestirás en luz y el maná del alba ha de nutrirte:
Hasta que el estío ardiente te derrita junto a fuentes y veneros
Por que florezcas en eternos valles: así por qué se duele Thel,

Por qué suspira la señora de los valles de Har.

Cesó & sonrió lacrimosa, luego se sentó en su capilla de plata.

¹ Cf. Paradise Lost, IV. 151: *humid Bow* como imagen del arco iris.

Thel respondió: Oh tú pequeña virgen del valle sosegado.
Que das a aquellos incapaces de rogar, los mudos, los exhaustos.
Tu aliento nutre al cordero inocente, que olisquea tu lácteo ropaje,
Pace tus flores, mientras tú sentada le sonrías al rostro,
Limpiándole la boca tierna y mansa de toda mancha y contagio.
Tu vino purifica la dorada miel, tu perfume,
Que expandes sobre cada nimia hoja de hierba que brota
Revive a la vaca ordeñada y amansa al potro ardoroso.
Mas Thel es cual nube tenue encendida al salir el sol:
De mi trono perlado me evaporo: quién sabrá donde estoy.

Reina de los valles el Lirio respondió, pregunta a la tierna nube,
Y te dirá por qué cintila en el cielo del alba,
Y por qué expande su radiante hermosura por el aire húmedo.
Desciende oh pequeña nube & flota ante los ojos de Thel.

El Nublo descendió, y el Lirio inclinó su humilde testa:
Y fue a sus obras numerosas entre el herbaje verdeciente.

II

Oh pequeño Nublo la virgen dijo, te impongo explicarme,
Por qué no te quejas si en un hora te extingués:
Te buscamos entonces sin hallarte; ah Thel es como tú.
Me disipo, mas protesto, y nadie oye mi voz.

El Nublo pues mostró dorada su cabeza y emergió su forma reluciente,
En el aire suspendida y titilando frente al rostro de Thel.

Oh virgen no sabes tú que beben nuestros potros de las fuentes áureas
Donde Luvah renueva sus corceles: miras tú mi juventud
Y temes que pues me extingo y nunca más ya se me ve
Nada permanece. Oh doncella yo te digo, cuando al fin trasciendo
Es a vida diez veces superior, al amor, la paz y éxtasis sagrados:
Descendiendo invistas, pesan mis alas finas sobre flores perfumadas
E incitan al rocío de ojos bellos a llevarme a su brillante pabellón;
La virgen llorosa temblando se arrodilla ante el sol naciente,
Hasta alzarnos ligadas por dorada banda, sin separarnos ya;
Pues unidas caminamos y portando el alimento a todas nuestras tiernas flores.

¿Tal haces pues pequeño Nublo? Temo no ser igual que tú;
Pues yo los valles de Har recorro y huelo de las flores las más dulces,
Mas no alimento a las pequeñas flores; oigo las aves que gorjean,
Mas no alimento a las aves gorjeantes: vuelan éstas y buscan su comida;
Pero Thel no se goza en ellas más, pues yo me desvanezco.
Y dirán todos luego: qué infecunda fue la vida de la fúlgida mujer,
O vivió acaso únicamente para ser, al morir, pitanza de gusanos.

El Nublo reclinose en su aéreo trono y respondió así:

Si eres pues pitanza de gusanos, oh virgen de los cielos,
Qué grande tu provecho, qué bendición tan grande. Toda cosa viva,
No vive sola, no vive para sí: no temas pues y llamaré
Al gusano endeble de su humilde lecho y tú le oirás la voz.
Sal gusano del silente valle a la presencia de tu reina pensativa.

Emergió el gusano desvalido y se sentó en la hoja del Lirio,
Y el radiante Nublo zarpó para hallar en el valle a su pareja.

III

Entonces Thel atónita vio al Gusano en su lecho aljofarado.

¿Eres tú un Gusano?, imagen de flojura. ¿Eres tú pues un Gusano?
Te veo como infante en la hoja del Lirio arropado:
Ah no llores vocecita, no puedes tú hablar, mas no puedes llorar;
¿Es Gusano esto? Yacer te veo desnudo y desvalido, llorando,
Sin nadie que responda, nadie que te mimi con sonrisas de madre.

La Pella de Arcilla oyó la voz del Gusano y alzó su cabeza compasiva;
Se inclinó ella sobre el lloroso infante y su vida exhaló
Con nutricia ternura, luego en Thel fijó humildes ojos.

Oh belleza de los valles de Har, no vivimos por nosotros mismos,
Tú me ves la más nimia de las cosas y eso soy, ciertamente;
Mi seno por sí mismo es frío y por sí mismo oscuro es,
Mas aquel que ama lo humilde vierte su óleo en mi cabeza.
Y me besa y liga sus nupciales ataduras a mi pecho.
Y dice: Tú madre de mis hijos, a ti te he amado.
Y te he dado una corona que nadie puede arrebatarte.
Mas cómo así doncella dulce no lo sé y no puedo saberlo.
Lo cavilo, y no puedo cavilarlo; mas vivo y amo.

La hermosa sus lágrimas clementes se secó con velo blanco
Y dijo: ¡Ay! estas cosas ignoraba y lloré por ello:
Que Dios amase a un Gusano lo sabía y que castigue al pie maligno
Que deliberado dañe su figura desvalida: mas que lo mime
Con la leche y el óleo lo ignoraba; y por eso lloraba,
Y al aire manso me quejaba, pues poco a poco me extingo,
Y me tiendo en tu lecho frío, y abandono el brillo de los míos.
Reina de los valles, la matrona Arcilla respondió: he escuchado tus suspiros.
Por encima de mi techo han volado tus sollozos, mas yo los llamo abajo:
¿Entrarás, oh Reina, en mi morada? Pues te es dado entrar
Y retornar; no temas nada: entra con tus pies de virgen.

IV

El terrífico portero de las puertas eternas levantó la tranca norte:
Thel entró y vio los secretos del país desconocido;
Vio los catres de los muertos y el lugar donde fibrosas las raíces
De todo corazón incrustan hondo en tierra sus ávidas espiras:
Un país de amargor y lágrimas donde nunca asoma sonrisa.

Vagó por el país de nubes a través de valles foscos, escuchando
Los dolores y lamentos: esperante a menudo junto a tumba aljofarada
En silencio estuvo, escuchando las voces del suelo,
Hasta que llegó al lugar de su propio sepulcro y allí se sentó.
Y oyó esta voz de pena, que exhalaba la hoya hueca.

¿Por qué el Oído no se cierra a su propio estrago?
¡O el Ojo refulgente al tósigo de una sonrisa!
¿Por qué los Párpados están armados de flechas prestas,
Allí donde mil hombres batallantes celan emboscados?
¡O un Ojo de presentes y gracias, derramando frutos y oro amonedado!
¿Por qué una Lengua impresa con la miel de cada viento?
¿Por qué un Oído, fiero remolino que se bebe las creaciones?
¿Por qué amplía la Nariz, inhalando pánico temblorosa y asustada?
¡Por qué ese freno delicado al mozo ardiente y lozano!
¿Por qué el pequeño cortinaje de la carne en el lecho del deseo?

Saltó la Virgen de su asiento y con un grito
Corrió de vuelta, inestorbada, hasta los Valles de Har.

Fin